

László Földényi

Elogio de la melancolía



Galaxia Gutenberg

LÁSZLÓ F. FÖLDÉNYI

Elogio de la melancolía

Traducción de Adan Kovacsics

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *A melankólia dicsérete*
Traducción del húngaro: Adan Kovacsics

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2023

© László Földényi, 2023
© de la traducción: Adan Kovacsics, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: Gama, S.L.
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 12670-2023
ISBN: 978-84-19738-15-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Comienzo: tumbado boca arriba	15
Introducción.	23
<i>Melancolía</i>	23
<i>Más allá del saber y del sentimiento</i>	24
<i>Encerrados en los mitos</i>	29
<i>El embrión melancólico</i>	33

MISTERIOSOS BLOQUES DE PIEDRA

1. Durero visita a Giorgione en su taller y al ver <i>La tempestad</i> una profunda melancolía se apodera de él . .	41
2. <i>Et in Arcadia ego</i> . Una tumba rectangular bellamente tallada	53
3. El poliedro de Durero: un misterioso bloque de piedra que hasta podría alzar el vuelo.	63
4. Stanley Kubrick continúa tallando y puliendo el poliedro de Durero	77
5. Excurso: Nacer a la muerte o nacer precisamente por la muerte, tal como le ocurrió también al protagonista de Stanley Kubrick. La serie de Hans-Peter Feldmann: <i>100 años</i>	85
6. La inminente oscuridad	93

UNA CAPILLA

PETER ZUMTHOR TRASLADA AL ESPACIO
TRIDIMENSIONAL EL POLIEDRO DE DURERO Y EL
MONOLITO DE KUBRICK

1. La capilla del hermano Klaus	101
2. Cuando el espacio se convierte en vivencia	109
3. Un edificio que evita tanto la redención como su ausencia	115
4. Excurso: un mueble	123

LA MELANCOLÍA DE ANSELM KIEFER

1. Lo visible y lo invisible	131
2. El orden melancólico de los ángeles	135
3. Hipatia	143

LOS LÍMITES DEL CUERPO

1. Bajo la máquina de tatuar	151
2. ¿De quién es el cuerpo sino de quien habita dentro de él?	159

FRANCIS BACON

1. El taller de Francis Bacon: el foco del incendio del espíritu	171
2. Como si la personalidad naciera ante nuestros ojos: los retratos de Francis Bacon	179

ELEGÍA POR LAS SALAS DE CINE

1. Elegía por las salas de cine	193
2. Elegía por el cine	209
3. Beuys, Viola y los demás	221
4. Actos y padecimientos de la luz	227
5. La vidriera de Richter	237
El silencio cósmico. Giovanni Segantini pinta a la campesina que arrastra su trineo en la Engadina	243

MICHAEL H. PARKINSON VUELVE A ENCARNARSE,
ENTRA EN LA LITERATURA Y SUBE AL TRANVÍA 56
CON LA AYUDA DE W. G. SEBALD

1. Norwich, verano de 1974	253
2. El tranvía 56	261
Fin: dos pares de ojos	269
Bibliografía	275
Ilustraciones	283

Comienzo: tumbado boca arriba

No me di cuenta de que estaba cansado. Mi cuerpo, sin embargo, me lo indicó. Salí al jardín, busqué un sitio sobre la hierba iluminada por los rayos solares, me pregunté cuándo taparía la copa del árbol más cercano el sol de la tarde que avanzaba rápidamente. Extendí una manta y me acosté con los pies hacia el sol.

Aun así, no dejaba de pensar en el cansancio, que me inquietaba. Ponía las manos en una posición y luego en otra; las juntaba bajo la cabeza y luego sobre el vientre, apoyaba después la izquierda en el suelo, junto a la cadera, mientras ponía la derecha bajo la nuca. Instantes más tarde ponía la mano apoyada en el suelo sobre el vientre. A continuación, las dos manos en el suelo. Me pareció lo más cómodo. A todo esto, sin embargo, mis dedos y mis músculos seguían viviendo su vida, también ellos deseaban cierta comodidad. De ahí que los brazos giraran ligeramente hacia fuera y los músculos se relajaran. Pero entonces dejaron de obedecer las articulaciones, las falanges, las muñecas. La vida que huía de las demás partes de los brazos se trasladaba allí mediante ligeros e involuntarios movimientos. Ni queriendo habría podido influir en esas diminutas y casi imperceptibles sacudidas. Por sí solos, los brazos hallaron poco a poco la calma. Lo mismo ocurrió con las piernas. Ahora las levantaba, creando un puente sobre la hierba; ahora las estiraba, primero una, luego la otra; pero cuando las estiraba ambas, movía los pies con la esperanza de que los leves giros destensaran allí los músculos también sobre los tobillos. No obstante, los músculos, en vez de aflojarse, se tensaron. Después, el cuerpo resolvió por sí solo ese estado de tirantez. Las dos piernas se abrieron un poco, los pies se doblaron ligeramente hacia fuera, los pequeños

movimientos musculares los dirigieron hasta que se quedaron inmóviles.

Con independencia de mí, el cuerpo cansado tumbado en la hierba eligió la postura más adecuada. Vaciló largo rato. Solo se afianzó cuando se liberó de mí por completo, hasta en las articulaciones más pequeñas, hasta en las superficies cutáneas más finas y recónditas, se liberó de aquel que se considera el propietario de ese cuerpo, es más, que cree de manera inquebrantable que es tan idéntico a él que sin él ni siquiera podría existir. Mientras yacía bajo la luz cada vez más débil del sol, mis pensamientos se concentraron en la esperanza de que el sol tardara en acercarse a las copas de los árboles que proyectaban las sombras. Sin embargo, se iba aproximando a ellas, y la esperanza se vio impregnada por una impaciencia cosquilleante causada por la espera, hasta que al final, cuando el encuentro entre el follaje y los rayos solares resultaba ya inevitable y no tanto los ojos sino la piel percibía que una rama se adentraba en la esfera solar, el cosquilleo se convirtió en predominante y empecé a disfrutar más de los pocos momentos de luz entreverada de sombras que del sol sin perturbaciones. O quizá ni siquiera eso, pues la espera sumamente intensa entregaba el cuerpo a un temblor inconmensurable que recordaba a la satisfacción hasta que el cuerpo volvía en sí y tornaba a ser mío debido a la sombra definitiva que se iba imponiendo.

Por el momento, sin embargo, todavía lucía el sol, mi cuerpo me abandonaba movimiento tras movimiento. Solo se tranquilizó al quedar inmóvil; cuando empecé a no notar que existía. Si me hubieran preguntado, no habría podido decir cómo tenía las manos, los pies, la cabeza ni cómo se relacionaban los unos con los otros; si las piernas se tocaban, por ejemplo, o si estaban abiertas, si los dedos estaban estirados o doblados. Sabía, por supuesto, que tenía un cuerpo. Este saber, sin embargo, no se asociaba a ninguna certeza.

Mi cuerpo descansaba. Para hacerlo, se había liberado de mí. Cuando intenté mover la mano, buscando la posición más cómoda, yo la dirigí; no fue de extrañar que instantes después resultara agotadora la postura del cuerpo elegida y traté de encontrar otra. Procuré hallar por mí solo la posición más cómoda; pero debía de

estar tan cansado que todos los movimientos voluntarios que en otras circunstancias habrían sido naturales me resultaron extenuantes. Buscaba los movimientos, pero no hay nada más agotador que la naturalidad buscada. La postura elegida para los brazos o las piernas, por el mero hecho de la elección, era cada vez más difícil, hasta tal punto que permanecer simplemente tumbado pronto pudo convertirse en una prueba de fuerza insoportable.

Yo descansaba, pero contra mí. Mis extremidades parecían haberse fundido con la tierra. Mi vientre se hundió; mi estómago, mi hígado, mis intestinos e incluso mis riñones se apretaron unos a otros y la pared estomacal los siguió. Mi cuerpo cambió. Empezó a alejarse de mí. Solo el suelo impedía que mis órganos internos se me desprendieran. Tenía tanto que ver con mi columna vertebral como con la rama de un árbol. Y la tierra, en vez de mantenerse imperceptible como un suelo neutro, ahora me servía de apoyo. Sentía que apoyaba en ella todo mi peso y con esto trataba también de liberarme de mí mismo.

Mientras yacía allí, conteniendo sin querer la respiración, tratando de conservar la sensación de equilibrio entre mi yo y ese cuerpo que procuraba abandonarme, realmente fui a parar fuera de mí. Me veía estar tumbado sobre la manta un poco raída, deshilachada en los bordes, en la hierba, al pie de un joven melocotonero, no lejos del avellano del que multitudes de diminutos insectos emergían de vez en cuando para revolotear e investigar y dejar luego ese cuerpo humano acostado en el suelo; vi que mi cabeza giraba un poco hacia un lado, mis brazos se pegaban al cuerpo a la altura del torso y los pies se volvían hacia fuera; y al observar las plantas de los pies, la superficie cutánea un tanto descolorida junto a los huesos, pero todavía no endurecida, aunque tampoco calificable de viva, el orden hasta entonces desconocido de las arrugas y las líneas, yo ya no me observaba a mí mismo, sino de repente un cuerpo extraño, aquel cuerpo inolvidable que ese día seguía vivo en mí y que había visto en mi infancia, camino del campo de deportes, mirando por una ventana de la primera planta de uno de los edificios de las Clínicas. Fue la primera vez que vi un cadáver, desnudo, mostrándome las plantas de los pies. Sin decir palabra, me quedé rezagado respecto a mis compañeros, no

podía apartar la vista de lo que veía. No sé qué me hechizó más, si la desnudez del cuerpo o su desamparo. No recuerdo si era hombre o mujer; pero sí cómo eran su piel, las plantas de sus pies, sus rodillas, las arrugas de su cuerpo, cómo juntaba las manos, recuerdo la piel amarillenta y endurecida de su dedo gordo, tengo delante de mí la camilla con ruedas y con el borde metálico desgastado y pintado al óleo de color blanco, el hule con dibujos debajo del cuerpo y recuerdo asimismo el contacto entre el cuerpo y la tela. Curiosamente, no sólo se me grabó lo que veía, sino también un sabor y un olor en forma de un recuerdo. Observaba aquellos restos mortales a través de un vidrio y por supuesto no podía percibir ningún olor. Un olor empezó a rondarme y poco después, en el campo de deportes, noté a raíz de un movimiento inesperado que ese extraño olor provenía de la palma de mi mano y a duras penas logré ocultar ante los demás, dominándome al máximo, mi horror y mi espanto. Me aparté para lavarme las manos y repetí la operación varias veces; en un momento me froté la mano no con jabón, sino con tierra. Sin embargo, el olor volvía a presentarse una y otra vez, es más, se intensificó y lo percibí incluso al día siguiente. No era el olor de un cadáver, sino el de la muerte. Nadie podía notarlo salvo yo, pero aun así me habría dado miedo pedir a alguien que oliera la palma de mi mano, por si realmente estaba allí aquel olor. La visión del cadáver y mi descarada curiosidad me llenaban de vergüenza. Aquel olor solo emanaba de mí. Por él se hacía perceptible todo aquello que al ver el cadáver empezó a agitarse dentro de mí. Era el olor del cuerpo infantil tocado por la muerte. Emanaba del alma, de tal profundidad que impregnaba igualmente el cuerpo.

Recuerdo también que esa noche, cuando me acosté, obedeciendo a una tentación irresistible, olí la palma de la mano una y otra vez, aunque con cierta sensación de asco y no me atreví a tumbarme boca arriba. Temía la postura de aquel muerto que vi por la mañana, temía la posición del cuerpo que lo recordaba, pero sobre todo los pies girados hacia fuera en un ángulo parecido. Después comencé a dar vueltas en la cama en la oscuridad; me moví y me moví hasta que acabé acostado igual que el muerto. A todo esto, seguía oliendo la palma de mi mano. Era un niño inmaduro toda-

vía. Aun así, más adelante, en los momentos de excitación erótica fue cuando más me acerqué al estado que sentí aquella vez en la oscuridad. Al mismo tiempo me atrapó la desnudez del cuerpo adulto que pude observar sin tapujos y la inmovilidad del cuerpo muerto frente al cual yo no había de comportarme. De mi interior se desprendía el olor de su muerte; también mi cuerpo obedecía al suyo bajo la manta. Luego pensé que probando la muerte me preparaba para el placer; esto fue luego apartado por la sospecha de que quizá fuese al revés, de que el placer fuese la preparación.

Observando mi cuerpo tumbado en la hierba reconocí a aquel muerto y con mi postura corporal al niño al que hechizó aquel cadáver. Vi que tenía los pies exactamente igual que el cuerpo que yacía sobre aquella camilla; vi que el color de nuestras plantas de los pies, de nuestras uñas e incluso de la piel que las rodeaba era el mismo; vi que mi vientre hundido me mostraba tan desamparado como a él el suyo y vi también que en ese momento no sería capaz de levantarme: era mejor estar así, en horizontal, pegado al suelo. Vi que yo era un cuerpo. Un cuerpo que en un principio no quiere pertenecer a nadie, que ni siquiera me necesita. Solo yo a él; soy yo quien procuro a toda costa mantener una relación con él, yo quien lo trato como mi propiedad, yo quien me torno impotente al ver que lleva una vida independiente. Observo celoso su envejecimiento, su decadencia e incluso cualquier cambio.

Poco a poco me fue abandonando el cuerpo que yacía cansado en la hierba. Los órganos internos que tendían hacia abajo me advertían que el cuerpo siempre se dirige en dirección contraria a la mía. Cualquier movimiento que haga requiere un esfuerzo por mi parte. Y esta fuerza solo puede manifestarse contra algo. Como si yo tuviera que mantener siempre algo levantado; con cada uno de mis movimientos niego la caída, la gravedad. No es casual que al espíritu se lo defina como alado; tienda a lo alto y procure llevar consigo el cuerpo. El cuerpo activo, haga lo que haga, es la prueba de la vida; vive contra la gravitación, intenta evitarla al ponerse en posición vertical. La vida se dirige hacia arriba. Una vida con las alas cortadas es un fracaso. Comienza a imponerse la impotencia, nos carga con el peso del abatimiento, del desánimo, del cansancio. El hombre se echa entonces, se tum-

ba. Descansa. Deja que el cuerpo sea exclusivamente lo que es: cuerpo. Se libera de sí mismo para que su cuerpo se reencuentre.

Es difícil descansar en posición vertical; tampoco se puede dormir. Cuando me entra el sueño, necesito acostarme. Ya no soy dueño de mi cuerpo; y este, una vez liberado de mí, se retira a su propio mundo, en el que no puedo entrar: no soy yo quien lo ilumina. Entonces pesan las extremidades, entonces se torna pesado el cuerpo. Tumbado en la hierba, huyendo internamente de la sombra que se acercaba, todo en mí se hundía. Me apoyaba con todo mi peso sobre la tierra, como si quisiera desprenderme de mí mismo. Quería ser uno con la tierra; con la tierra que detiene los cuerpos que se precipitan hacia abajo. Mi cuerpo obedecía a la fuerza de gravedad, a la gravitación que lo atraía hacia las honduras. Al interior de la tierra, a pesar de que significa la muerte para el cuerpo, a las honduras cuyos confines nadie nunca ha visto, que está más abajo incluso que la tumba más profunda, a un lugar del que solo poseemos una idea nebulosa y del que no disponemos de experiencia alguna. La profundidad infinita atraía a mi cuerpo. El suelo herboso resultó ser un obstáculo para él y si hubiera podido, lo habría superado. En todo cuerpo cansado, esta profundidad es la que tienta; resulta tan tentador cuando el alma no es dueña de sí; y me invoca cuando me canso, cuando me entra el sueño. Su voz, sin embargo, viene de dentro, así como el olor de la muerte en la infancia emanaba de mi interior.

Intuimos hacia dónde se dirige la gravitación. Intuimos también que nuestro planeta ha de tener un centro. Sin embargo, este es tan inasible como un punto geométrico. ¿Existe realmente un centro que desconoce la gravitación? ¿Existe un límite en comparación con el cual todo es «exterior»? Cuanto más determinados estamos por atrapar en la red de nuestros pensamientos este punto hacia el cual todo se precipita, más evidente resulta que lo buscamos en vano: siempre estaremos fuera de él. Y si nos ha absorbido, ya no lo podremos buscar: nosotros mismos seremos idénticos a él. Habiéndose entregado a la fuerza de atracción de la profundidad insondable, el cuerpo deja de caer. Se convierte él mismo en el precipicio. Está a merced de la fuerza de gravedad, la cual, sin embargo, solo a través de él puede hacer perceptible su

poder. El cuerpo cansado desprende de sí el alma que desea separarse; se vuelve tan pesado como la tierra y quiere fundirse con aquello de lo que fue arrancado. Se convierte en algo así como un cuerpo celeste solitario; como un cometa que recorre el espacio impulsado por una fuerza interna hasta que otro cuerpo celeste lo absorbe. Entonces se apaga. A la manera de un cometa se mueve el cuerpo por la tierra, esperando a que esta lo acoja. Desmigajado, convertido en polvo, se acerca a ese punto misterioso que lo ha atraído desde el nacimiento; a esa llamarada que está más allá de todo lo pensable, por encima de todo lo existente, y que en algunos instantes excepcionales, casi oníricos, sin embargo, resultan de lo más comprensibles.

El cuerpo es un abismo insondable. Cuerpo cansado, cuerpo durmiente, cuerpo amante, cuerpo enfermo, cuerpo muerto. Anhela precipitarse, sin la esperanza de llegar a alguna parte. El cadáver visto en la infancia —el primero— se amoldaba con naturalidad a la camilla, como si ese fuera su destino definitivo. Era como un planeta al que ninguna fuerza puede apartar de su precisa y misteriosa órbita. No hay nada que pueda atraer tanto al hombre como la realización. Yo tampoco pude liberarme de aquel espectáculo. Esa noche percibí difusamente que solo podría descifrar el secreto de aquel cuerpo totalmente cerrado en sí, liso y desgastado como un canto rodado en la orilla del mar, si me volvía parecido a él. Solo la muerte puede romper el hechizo de la muerte.

Uno solo puede alzarse hasta llegar a sí mismo entrando en la oscuridad indisoluble que reina en la carne, en las vísceras, en las arterias, en los órganos: eso fue lo que sentí aquella tarde iluminada por el sol en que tan evidente me resultó la red que sujetaba mi ser y entre cuyos nudos estaban mi cansancio momentáneo, la visión de aquel cadáver visto en mi infancia, la gravedad irresistible. Estaba tumbado con los pies hacia el sol; en la dirección hacia la cual tiende toda vida. Mi cuerpo era atraído por la profundidad. Desde mi cabeza hasta mis pies se estiraba el arco que unía la oscuridad de abajo y la luminosidad de arriba. Yacía inmóvil, disfrutaba del calor solar y me entregaba con placer a la fuerza de atracción de la tierra. Observaba cómo se acercaba el sol a las hojas a veces temblorosas del melocotonero. Así esperaba la llegada de la sombra.